



CARI / CONSEJO ARGENTINO PARA LAS
RELACIONES INTERNACIONALES

Comentarios Estratégicos

Los Estados árabes del Golfo
frente a la guerra en Irán

Ornela Fabani
Santiago Ott

Los Estados árabes del Golfo frente a la guerra en Irán

Ornela Fabani
Santiago Ott

Comentarios Estratégicos

N.º 47

MARZO 2026

ISSN 3008-9956

Las opiniones expresadas en esta publicación son exclusiva responsabilidad de los autores y no reflejan necesariamente la visión de las instituciones a las que pertenecen, así como tampoco las del CARI.

Corrección: María Fernanda Rey

Diseño: Trender

Maquetación: Mario Modugno

Imagen de tapa: iStock.com/Sophie_James

CARI Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales
Uruguay 1037, piso 1.º, C1016ACA Buenos Aires, República Argentina
Teléfono: (+5411) 4811-0071 al 74 / Fax: (+5411) 4815-4742
Correo electrónico: direccioneditorial@cari.org.ar / Sitio web: www.cari.org.ar

Los Estados árabes del Golfo frente a la guerra en Irán

Ornela Fabani* y Santiago Ott**

Introducción

En la mañana del último 28 de febrero, Estados Unidos e Israel lanzaron de forma conjunta la Operación Furia Épica contra la República Islámica de Irán, en un ataque que definieron como preventivo, si bien este tipo de acciones no están contempladas por el derecho internacional. Como ya se había advertido en reiteradas oportunidades, el blanco inmediato de las acciones iraníes fue Israel así como también las llamadas monarquías árabes del Golfo, conformadas por Arabia Saudita, Baréin, Kuwait, Emiratos Árabes Unidos, Catar y Omán; actores estos últimos con una amplia historia de cooperación en materia de seguridad con Washington. En este marco, este artículo primero examina los vínculos militares entre los Estados del Golfo y Estados Unidos como punto de partida para luego

* Doctora en Relaciones Internacionales por la Universidad Nacional de Rosario (UNR) e investigadora asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Miembro del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI), del Centro de Investigaciones en Política y Economía Internacional (CIPEI) y del Centro de Estudios en Relaciones Internacionales de Rosario (CERIR). Coordinadora del Departamento de Medio Oriente del Instituto de Relaciones Internacionales (IRI) de La Plata. Correo de contacto: ornela_fabani@hotmail.com

** Licenciado en Relaciones Internacionales por la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Se desempeña como analista senior de riesgo político en Cefeidas Group y como auxiliar docente de Teoría de las Relaciones Internacionales en la Universidad Torcuato Di Tella (UTDT). Miembro del Departamento de Medio Oriente del Instituto de Relaciones Internacionales (IRI) de la Universidad Nacional de La Plata y cocoordinador del Comité de Medio Oriente del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI). Correo de contacto: santiago.ott.97@hotmail.com

comprender por qué Irán ha decidido atacar no solo infraestructura militar, sino también instalaciones civiles en estos países. En tanto, a continuación se aborda el relativo quietismo que, hasta el momento, han mostrado las monarquías del Golfo frente a dichas agresiones.

1. Algunas consideraciones sobre los vínculos estratégicos militares de Estados Unidos y las monarquías del Golfo

Los vínculos estratégico-militares entre Estados Unidos y los Estados del Golfo pueden rastrearse al momento ulterior de culminada la guerra del Golfo en 1991. Por entonces, las monarquías de la zona decidieron estrechar sus lazos con Washington en una instancia en la cual la amenaza de Irak aún era latente. Si bien con algunas de estas naciones ya existía cooperación en el terreno militar, fue a partir de ese conflicto que Estados Unidos asumió el rol de garante de la seguridad de los países bajo análisis. Un rol que, por otra parte, adquirió luego de que estos Estados —nucleados en el Consejo de Cooperación del Golfo (CCG)—,¹ comprendieran que, más allá de los esfuerzos que habían realizado en pos de la cooperación en seguridad (a la cual el organismo regional se volcó particularmente durante su primera década de vida), sus acuerdos habían resultado fútiles cuando uno de sus miembros, Kuwait, recibió un ataque de uno de sus poderosos vecinos: Irak.

A partir de entonces, el esquema de seguridad en el Golfo se modificó, lo que implicó un incremento sustancial de la presencia de efectivos militares norteamericanos en la zona, así como el preposicionamiento de equipos, enormes ventas de armamentos, firma de acuerdos y apertura de bases militares.

En línea con lo expuesto, en 1991 Kuwait firmó un acuerdo de defensa con los Estados Unidos, que luego fue renovado en 2001. Si bien el tratado no introdujo un compromiso en torno al establecimiento de bases, el ejército norteamericano ha hecho uso de la base de Camp Doha, mientras que su Fuerza Aérea ha dispuesto de las bases de Ali Al Salem y Al Jaber. Cabe agregar que en 2004 Kuwait fue re-

1 El Consejo de Cooperación del Golfo es un organismo subregional fundado en 1981, conformado por las seis monarquías árabes de la zona: Arabia Saudita, Baréin, Kuwait, Emiratos Árabes Unidos, Catar y Omán.

conocido como “aliado importante extra-OTAN”; ello, luego de que el emirato se convirtiese en una de las plataformas de lanzamiento de la invasión a Irak de 2003.

Catar, por su parte, rubricó un acuerdo militar con los Estados Unidos en 1992. En 2002, tras el impacto que supusieron los atentados del 11 de septiembre sobre el vínculo con Arabia Saudita, parte del personal y de los aviones de la Fuerza Aérea norteamericana, previamente estacionados en el reino, pasaron a emplazarse en la base de Al-Udeid, hoy la base aérea más importante que Estados Unidos detenta en la región.

Baréin avanzó también en la firma de un acuerdo defensivo con Washington culminada la guerra del Golfo, documento jurídico que fue renovado en 2001. Además, desde mediados de los noventa, el país es sede de la V Flota norteamericana —responsable de las Fuerzas Navales estadounidenses en el mar Rojo, el mar Árabe y el golfo Árabe—, al igual que del Comando Central de las Fuerzas Navales (NAVCENT), una fuerza que apoya, desde el punto de vista naval, las operaciones del Comando Central de los Estados Unidos (CENTCOM). Asimismo, la base Sheik Isa es empleada por la Fuerza Aérea norteamericana.

Por su parte, Omán firmó un acuerdo de cooperación en materia militar con Estados Unidos en 1980, el cual fue renovado en 1985, 1990, 2000 y 2010. Asimismo, los Emiratos Árabes Unidos no solo detentan un compromiso firmado con Washington sobre la misma materia en el primer lustro de los noventa, sino que también han permitido el uso de la base aérea de Al-Dhafra por parte de la Fuerza Aérea norteamericana.

Finalmente, en el caso de Arabia Saudita, la cooperación en defensa es de larga data. Estados Unidos comenzó a apostar fuerzas en el reino apenas finalizada la segunda guerra mundial, cuando Washington obtuvo autorización para construir una base aérea en Dhahran, y su primer acuerdo defensivo se remonta a 1951.

Cabe destacar que, a partir de la Administración Obama, las monarquías del Golfo comenzaron a percibir cierta erosión en el vínculo con los Estados Unidos en función del pivote norteamericano al Indopacífico, el cual implicó una búsqueda de reequilibrio estratégico de recursos y prioridades. A pesar de los vaivenes, es-

tos vínculos se han mantenido firmes, tal como lo evidenció la primera gira oficial de Trump, que tuvo por destino a los países del Golfo en mayo de 2025. En dicha oportunidad se firmaron acuerdos para la venta de armamento, se comprometieron inversiones en infraestructura militar y se acordó trabajar en proyectos de defensa conjunta.

2. Operación Furia Épica: respuesta iraní y quietismo en el Golfo

Todo el esquema de alianzas y de seguridad construido entre las monarquías árabes y los Estados Unidos desde el final de la guerra del Golfo en 1991 se encuentra a prueba en estos momentos. Desde el inicio de las operaciones militares estadounidenses e israelíes sobre la República Islámica de Irán el pasado sábado 28 de febrero, los Estados árabes del Golfo se han llevado la peor parte de las represalias efectuadas por Teherán.

Pese a que las seis monarquías del Golfo mantienen vínculos de distinta intensidad con la República Islámica, esta no parece haber realizado distinciones a la hora de lanzar sus (contra)ataques, al punto que inclusive Omán recibió su parte con un bombardeo con drones sobre el puerto de Duqm. Este hecho llama la atención por los vínculos históricos entre ambos países, los cuales comenzaron a cimentarse luego de que Irán ofreciera su apoyo al sultanato para suprimir una rebelión en Dhofar en la década del sesenta. Todavía más, tanto el Gobierno del sultán Qaboos como el de su sucesor, Haitham bin Tariq Al Said, han abrazado una política pragmática de “amigo de todos” y se han inclinado por la neutralidad frente a diversos conflictos, adoptando un rol activo como mediadores frente a distintos sucesos regionales. En este sentido, se destaca particularmente el rol de Omán como mediador entre los Estados Unidos e Irán en las negociaciones por el programa nuclear previas al inicio de las hostilidades.

Si bien en un principio los blancos priorizados por los misiles y drones iraníes se concentraron en bases e instalaciones militares estadounidenses desplegadas en la región —como el cuartel general de la Quinta Flota en Baréin o la base aérea de Al-Udeid en Catar—, el abanico de objetivos dentro del Golfo se ha ampliado significativamente en los últimos días. Esto ha incluido infraestructura energética,

puertos y nodos logísticos, aeropuertos, así como espacios urbanos, turísticos y comerciales en ciudades densamente pobladas como Dubái, Manama y Doha. Tan es así que las imágenes del incendio en el hotel de lujo Burj Al Arab y de los ataques contra el complejo Palm Jumeirah, en Emiratos Árabes Unidos, así como las del hotel Crowne Plaza en Baréin, circularon rápidamente por todo el mundo, lo que generó además una gran preocupación entre los Gobiernos locales.

Hasta el momento en que se escribe este artículo, y según los comunicados oficiales de los ministerios de defensa de los Estados miembros del CCG, junto con reportes de medios de prensa de la región, se estima que Irán ha lanzado más de dos mil trescientos misiles y drones contra sus vecinos árabes del Golfo. De acuerdo con los datos disponibles, Emiratos Árabes Unidos ha sido el país que ha absorbido la mayor cantidad de estos ataques (más del 50 % del total), seguido por Kuwait (alrededor del 26 %) (ver tabla).

**Tabla 1: Cantidad de misiles y drones lanzados
contra Estados miembros del CCG²**

País	Misiles balísticos	Misiles de crucero	Drones	Total	Cantidad interceptada
EAU	196	8	1072	1276	1190 (93 %)
Kuwait	212	-	394	606	606 (100 %) ³
Baréin	78	-	129	207	207 (100 %) ⁴
Catar	117	5	53	175	155 (88,5 %)
Arabia Saudita	3	5	32	40	37 (92,5 %)
Omán	-	-	4	4	1 (25 %)

2 Elaboración propia a partir de datos reportados por fuentes oficiales y medios de noticias locales. Última actualización: 05/03/2026, 19:45 h.

3 Las fuentes oficiales solo reportaron intercepciones sin aclarar el número neto de proyectiles lanzados.

4 Las fuentes oficiales solo reportaron intercepciones sin aclarar el número neto de proyectiles lanzados.

Las motivaciones subyacentes por parte del alto mando iraní para atacar no solo las bases militares de Washington en la región —un escenario que era ampliamente previsible antes del inicio de la ofensiva—, sino también otros objetivos dentro de los Estados del CCG son aún inciertas. No obstante, pueden delinearse varias hipótesis.

La primera podría vincularse con la intención de Irán de generar incentivos entre las monarquías del Golfo para que utilicen su influencia diplomática y los vínculos personales de sus líderes con el presidente Donald Trump con el fin de presionar a la Casa Blanca para que cese las operaciones militares y retorne a la mesa de negociación. Sin embargo, por el momento esto no ha dado resultados y los miembros del CCG han cerrado filas para condenar la “agresión iraní” y remarcar su derecho a la legítima defensa.

Una segunda hipótesis apunta a la búsqueda de Teherán de internacionalizar el conflicto llevando a cabo acciones asimétricas. Bajo esta lógica, Irán intentaría elevar sensiblemente los costos económicos y energéticos asociados a la guerra para así empujar, de manera indirecta, a una eventual desescalada. En este marco, la disrupción del tráfico marítimo en el estrecho de Ormuz, así como los ataques iraníes a refinerías e instalaciones petroleras y gasíferas en el Golfo han incrementado sustancialmente el precio de los hidrocarburos a nivel mundial.

Para finalizar, los ataques también podrían responder a una lógica estrictamente militar: incrementar el ritmo de consumo de misiles interceptores entre las baterías antimisiles desplegadas en la región con el objetivo de reducir la capacidad de las fuerzas pronorteamericanas para derribar los proyectiles iraníes en el mediano plazo. En este sentido, resulta importante remarcar que, a diferencia de Israel, donde el menú de vectores disponibles por parte de Irán es más acotado debido a la distancia entre ambos países, las monarquías del Golfo están al alcance de un número mucho más grande y variado de sistemas de armas. Esto implica que, aun cuando el arsenal iraní de misiles de largo alcance se vea mermado, la República Islámica podría sostener la presión sobre sus vecinos árabes mediante el empleo de su extensa panoplia de proyectiles de corto y medio alcance, significativamente más numerosos que aquellos utilizados contra Israel.

Hasta el momento, los Estados del Golfo han mostrado un desempeño relativamente exitoso en lo que respecta a sus tasas de intercepción (ver tabla). Sin embargo, se desconoce exactamente cuánto tiempo podrán sostener el actual ritmo de consumo de interceptores. Ello dependerá, en gran medida, de la capacidad de Estados Unidos para reponer estas existencias, así como de la rapidez con la que las fuerzas estadounidenses e israelíes logren degradar las capacidades misilísticas y de drones de Irán para limitar el volumen de los lanzamientos.

Aunque en el plano defensivo las monarquías del Golfo han desempeñado un papel activo, en el plano ofensivo los Estados miembros del CCG han optado por una postura de moderación. Por el momento, estos países se han limitado exclusivamente a condenar los ataques iraníes y a reafirmar su derecho a la legítima defensa.

Esta actitud probablemente responda al interés de las monarquías en evitar una escalada mayor que pueda arrastrarlas a una guerra abierta con Irán y agravar los ya elevados costos económicos, energéticos y reputacionales que el conflicto les ha generado. En este marco, si bien históricamente la República Islámica ha sido concebida como la principal fuente de amenaza interestatal por parte de los Estados del Golfo, un Irán en situación de colapso tampoco responde a los intereses estratégicos de estos actores, quienes buscan, por sobre todas las cosas, estabilidad geopolítica para atraer inversiones y continuar con sus planes de modernización económica.

Esto último no es un tema menor si tenemos en cuenta que las monarquías del Golfo hace tiempo se preparan para afrontar no solo una baja de la demanda de hidrocarburos —que se estima que podría tener lugar en los próximos años—, sino también por la merma de sus reservas, siendo particularmente acuciante la situación de Baréin y Omán. En efecto, los programas nacionales de estos países —la Visión Nacional de Catar 2030, la Visión Saudí 2030, la Visión Económica de Baréin 2030, la Visión Omán 2040, Nuevo Kuwait 2035 y Nosotros EAU 2031— tienen en común que en todos los casos le asignan un rol primordial a la diversificación económica, específicamente a incrementar el peso de los sectores no vinculados a los hidrocarburos en el PBI. Al respecto, es importante mencionar que los mayores

avances en esta dirección los ha logrado Emiratos Árabes Unidos, donde los sectores alternativos al petróleo representan un 75 % del PBI. Ello, gracias a la apuesta de Emiratos por convertirse en un *hub* económico, pero también logístico, a los proyectos de infraestructura en ciernes y al desarrollo del turismo, sector que hoy sufre y, seguramente, continuará sufriendo un fuerte impacto, aún cuando acabe la guerra.

Retomando la búsqueda por comprender el accionar de las monarquías frente a los ataques iraníes, la participación activa de Israel en la guerra bien podría constituir un factor adicional que incentive su cautela. Un involucramiento militar directo junto a Tel Aviv podría generar descontento entre sus propias poblaciones —mayormente identificadas con la causa palestina— y perjudicar la imagen de las monarquías del Golfo en el mundo árabe-musulmán, especialmente en el caso de aquellos países que aún no han normalizado relaciones con el Estado judío. Esta preocupación podría tener cierto paralelismo con la guerra del Golfo de 1991. En aquel entonces, Estados Unidos solicitó a Israel que se abstuviera de responder a los ataques con misiles Scud lanzados por el Irak de Saddam Hussein, con el objetivo de preservar la cohesión de los aliados árabes que integraban la coalición internacional para liberar Kuwait.

No obstante, si el volumen y la eficacia de los ataques iraníes continúa aumentando, la negativa de los miembros del CCG a emplear la fuerza podría resultar contraproducente. Una postura excesivamente pasiva podría afectar su credibilidad militar y, en consecuencia, debilitar su capacidad de disuasión a futuro. Esta variable es particularmente sensible para Arabia Saudita y Emiratos Árabes Unidos, dos Estados que aspiran a ejercer un rol de liderazgo en el mundo árabe en general, y en Medio Oriente en particular.

Asimismo, los ataques contra infraestructura petrolera y las interrupciones en el tráfico marítimo que circula a través del estrecho de Ormuz constituyen una amenaza directa a los intereses vitales de las monarquías. Los miembros del CCG poseen economías plenamente integradas en el sistema de comercio internacional y desempeñan un papel central en la producción y exportación mundial de hidrocarburos. En este contexto, los ataques contra su capacidad de producir y exportar

petróleo y gas representan —en términos clausewitzianos— un golpe a su centro de gravedad económico y una amenaza potencial al contrato social que sustenta la estabilidad de estos regímenes. Dicho contrato se basa, en gran medida, en la obediencia de la ciudadanía a las familias reales a cambio de seguridad y amplios beneficios sociales; todo ello, financiado a través de las rentas provenientes de la exportación de hidrocarburos.

En caso de que las monarquías del Golfo optaran por pasar a la ofensiva, es razonable asumir que cuentan con capacidades suficientes para llevar a cabo represalias limitadas o incluso sumarse a la campaña aérea. Los Estados del CCG disponen de algunos de los presupuestos de defensa más elevados del mundo y operan plataformas aéreas occidentales altamente avanzadas, en ocasiones en variantes incluso más modernas que las empleadas por muchos miembros de la OTAN. Este inventario incluye cazabombarderos F-15 y cazas polivalentes F-16, Rafale y Eurofighter, entre otros.

También es preciso destacar, como se presume del primer apartado, que las Fuerzas Aéreas del Golfo se encuentran integradas en la arquitectura de seguridad estadounidense en la región, participando de manera regular en ejercicios militares conjuntos organizados por el CENTCOM. Asimismo, los Estados del CCG ya han acumulado experiencia operando como miembros de coaliciones internacionales en campañas aéreas como la Operación Amanecer de la Odisea en Libia (2011), la Operación Resolución Inherente contra el ISIS (2014) y la Operación Tormenta Decisiva en Yemen (2015). No obstante, su desempeño operativo en estas campañas —específicamente en la guerra de Yemen— ha sido objeto de cuestionamiento por parte de numerosos analistas militares.

En suma, el rol que finalmente adopten las monarquías del Golfo en el conflicto no dependerá tanto de sus capacidades militares (las cuales son, a priori, considerables), sino más bien de sus cálculos políticos sobre los costos de involucrarse en una escalada regional aún mayor a la existente.

Conclusión

Para culminar, con una escalada que, lejos de decrecer, parece intensificarse día a día, resta por ver si los actores del Golfo sostendrán su postura moderada o si, por el contrario, con el correr de los días estarán dispuestos a sumarse a la contienda de manera más asertiva. Lo que sí es seguro es que, tras los ataques recibidos de parte de su vecino, los vínculos entre Irán y las monarquías del Golfo ya no serán los mismos y, cuando la guerra culmine, sus relaciones entrarán en un nuevo capítulo.

Antes de la guerra entre Israel y Hamas desencadenada tras el ataque del 7 de octubre de 2023, la región se encontraba realizando una fuerte apuesta por la estabilidad, en una instancia en la que se priorizaban los intereses económico-comerciales y, en el caso del Golfo, se atravesaba por un proceso de distensión a raíz del levantamiento del bloqueo sobre Catar (2021) y la normalización de relaciones diplomáticas entre Irán y Arabia Saudita (2023). Sin embargo, el regreso de la calma, la reconstrucción de la confianza y la eliminación de la percepción de amenaza ante los acontecimientos que toman lugar por estos días claramente demandarán mucho más que algo de tiempo.



CARI

CONSEJO ARGENTINO PARA LAS
RELACIONES INTERNACIONALES